

Iustitia hominis, Iustitia Dei

Por Luis F. García

Módulo para El Capitán Alatraste JdR basado en los hechos históricos reflejados en una crónica del siglo XVII titulada “Suceso trágico de un auténtico don Juan Tenorio en la calle Calatravas en la ciudad de Sevilla”, crónica que ha sido transcrita y publicada por José María de Mena en su libro “Tradiciones y leyendas sevillanas”. El grupo de personajes debería de estar formado por tres o cuatro hombres, entre los cuales pueden contarse nobles, hidalgos y otros de cualquier condición. También cabría la posibilidad de incluir un personaje femenino.

Capítulo I: En el que se describen las glorias vanas de la muy honorable Ciudad de Sevilla y se presenta al caballero Don Pedro de Ribera

Carta del cronista don Luis de la Garza a don Lorenzo Amezúa, secretario de la Villa y Corte al servicio de Su Excelencia Gaspar de Guzmán y Pimentel, Duque de Olivares y privado del Rey:

Sevilla, en el año de Nuestro Señor de 1631.

Corre el mes de febrero y los rigores del invierno dejan paso a una pronta primavera. El oro de las Américas entra sin descanso en los célebres convoyes de la plata, o en la flota general de Indias. La facilidad de acumular riqueza ha dado lugar a una gran relajación de las costumbres puras y cristianas, hasta el punto de que algunos cronistas de otras tierras, que bien podría llamar enemigos, han llamado a nuestra ciudad “la Babilonia del pecado”. En el impuro ambiente que discurre en estos tiempos como la culebrina en las orillas del río, la juventud se muestra afanosa de placeres, alborotada y violenta.

Tanto los días corrientes en las (llamadas por La Suprema) famosísimas “casas de la gula”, donde se comía, se bebía y se fornicaba a destajo, como en los grandes días de fiesta, con corrida de toros en la Plaza de San Francisco, carrousel a caballo por las calles céntricas, y finalmente baile, sarao y mascarada en algunos de los palacios principales, una numerosa pléyade de jóvenes caballeros de las más linajudas familias, hacen gala de su gallardía, de su donaire, y de su liviandad. Todo ello acontece a pesar de las predicaciones de algún exaltado y ascético fraile, que truenan contra tanta ligereza de espíritu, bajo el altar, en las horas de santa misa, en los Mínimos o en los Descalzos.

Junto con la dilapidación del oro indiano, la gula y la lujuria, abunda en Sevilla la altivez y la ira, pues como cada cual lleva espada al cinto (aquesta que llaman ropera o robera), al menor pique de amor propio salen a relucir los aceros, y raro es el día en que en Sevilla no mueren de uno a diez caballeros acuchillados en lance y desafío. Lejos quedan ya los días del anterior siglo; tiempos en los que el caballero Jerónimo de Carranza, afincado al sur de la urbe, enseñaba a los hijos de alta cuna la Philosophia de las Armas. Tradición es pues, de natural condición, que en esta nuestra ciudad se practique lo que resta de la Destreza Verdadera.

Uno de los mozos más enamoradizos y espadachines de Sevilla es Don Pedro de Ribera, llamado por cercanos y ajenos Pedrito, a causa de su juventud, pues aun no alcanza los veinte años. Pedrito es el miembro más joven de la ilustre familia de los Ribera, marqueses de Tarifa, marqueses de la Torre, duques de Alcalá y duques de Medinacoeli. El joven Ribera, mancebo de gentil apostura, lindo rostro y pocos escrúpulos, tenía escandalizada la ciudad con sus pendencias, amorios y audacias, alborotando por doquiera que pisaba.

Capítulo II: Donde prosigue la carta, de la burla a Don Luis Camargo y su muy desgraciada recordación

En cierta ocasión Pedrito vio a su padre con el rostro circunspecto y acercósele para preguntarle qué asunto le traía tan serio y cariacontecido. De este modo llegó a oídos de Pedrito Ribera que Don Luis Camargo, obispo auxiliar de la ciudad, había citado desde el púlpito sus aventuras y a su persona como ejemplo para el camino hacia la condenación eterna, trayendo así la deshonra al buen nombre de una familia en cuyo seno, él habría de ser llamado “Grande de España”.

Pedrito no olvidó el rostro de su padre aquella noche, y de camino a la taberna de la Sierpe urdió una pesada burla contra el obispo auxiliar. Don Luis Camargo vive en la Alameda de Hércules a su comienzo, conforme se entra por el lado del Hospital de Amor de Dios. Pasaba ya la medianoche cuando llegaron a la Alameda don Pedrito Ribera, sus amigos don Juan de Hinebrota, conde de Arenales, y don Lorenzo Miranda; acompañaban a los tres jóvenes unas cuantas mozas de vida licenciosa y alocada, con quienes iban corriendo su nocturna juerga. En llegando ante la puerta de la casa del obispo, dijo don Pedrito a sus amigos:

—Vamos a divertirnos sacando a Su Ilustrísima de la cama en paños menores.

Y desenvainando su espada comenzó a dar gritos como de refriega mientras golpeaba con el acero en las piedras del muro, para que hiciese ruido. Entre tanto, testigos de la escena, el resto de la comitiva se agazapó en lo oscuro, intentando ahogar el sonido de sus risas, parte a causa de la situación, parte a causa de los tres cuartillos de vino que ya llevaban cada uno en el buche, cortesía de la bodega paterna del joven Ribera.

Llegado un instante que le pareció propicio, Pedrito dio un gran grito diciendo “¡Ay, que me han muerto!”. En seguida se agarró al aldabón y empezó a llamar a la puerta insistentemente mientras voceaba:

—¡Eh!, ¡señor obispo, señor obispo! Salga Su Ilustrísima apriesa, que aquí hay un hombre agonizando y pide confesión.

El obispo, celoso de su ministerio, se echó abajo de la cama y en camisón como estaba, sin meterse ni tan siquiera las zapatillas, echándose la estola por los hombros, bajó las escaleras y salió a la calle para dar absolución al moribundo que le habían dicho. Pero apenas pisó el umbral, cuando en la oscuridad le asieron entre todos y con gran algazara le llevaron

hasta el pilón que había entre las dos columnas de Hércules y allí le dieron un chapuzón entre insultos y carcajadas.

La figura del obispo surgió de las aguas, todo mojado, pero con gesto adusto y fiero. Como era muy viejo y prudente, no protestó, sino que les dijo con calma:

—Por este desacato a mi persona eclesiástica os podría hacer ahorcar, pero no es preciso que apele a la justicia de los hombres, porque antes de un mes los tres habréis de encontrar la muerte, castigados por la justicia de Dios.

No se impresionaron lo más mínimo los tres mancebos, sino que se rieron junto con sus compañeras de diversión, y así continuaron su camino.

Sin embargo, al día siguiente la noticia ha llegado a los graderíos de la Catedral, y de los mentideros a boca y oídos de toda Sevilla. Todo el vecindario está espantado, tanto del sacrilego atrevimiento de los tres jóvenes como de la tremenda profecía que les ha hecho el obispo. Aunque se susurra y sabe quiénes han sido los autores del hecho, nadie se ha atrevido por el momento a prenderlos, porque los tres son personas de limpieza de sangre demostrada y miembros de familias importantes, y aunque los vecinos del barrio han contado el caso a los alguaciles de la Justicia y la Suprema, el obispo no ha querido ratificarlo, y así se ha quedado el asunto sin diligenciar...

En Sevilla, a diez de febrero del año de Nuestro Señor de Mil Seiscientos y Treinta y Uno.

A partir de aquí entra en acción el grupo de jugadores. Todos han oído la historia por su cuenta y conocen los detalles. Se encuentran varios días más tarde comentando el desarrollo de los acontecimientos en la concurrida taberna de la Sierpe, en la calle de los Espaderos¹⁰. La historia les hace partícipes a raíz de la inesperada visita de Isidro Treviño, alguacil de la Santa Inquisición y viejo amigo de juventud.

Isidro ya sabe que los caballeros sentados a la mesa son hombres con tendencia a airear la herreruza, y ya ha contado anteriormente con alguno de los presentes para asuntos de este cariz, así que sin rodeos les expone el plan: Su Ilustrísima, don Luis Camargo, desea que los jugadores ejecuten la consabida justicia divina sobre aquellos que han mancillado su honor. No se citan nombres, pero todos saben de lo que se está hablando. El obispo ha llegado a la conclusión de que al ser sus tres afrentadores personas de alto rango, no pueden ser juzgados por la Inquisición y busca que tengan un final pronto, discreto y doloroso. Recalca la palabra “final” y “doloroso”, de forma que todos entienden y nadie abre la boca. Su Ilustrísima sabe bien que, al igual que la Muerte, una hoja de acero iguala al hombre humilde con el más alto monarca.

Si la obra culmina a satisfacción de don Luis, se prometen 50 piezas de oro para cada uno, secreto de confesión y si alguno lo requiere, los papeles y salvoconductos necesarios para partir hacia las Indias a hacer fortuna para mayor gloria de Dios, del Rey y las faltriqueras. Los jugadores tienen que aceptar a toda costa. Si dicen que sí, todo sigue adelante; si dicen que no, serán amenazados de muerte pues ya saben demasiado de las intenciones del obispo Camargo, y en Sevilla sobran espadas de alquiler. Si aceptan después de decir que no, el número de

monedas se reducirá a 25 piezas por cabeza y además su vida correrá peligro.

Capítulo III: En el que se relata el modo en que el primer caballero, don Lorenzo de Miranda, encuentra su fin, para grata admiración de Su Ilustrísima.

Aquestos hechos acontecieron en la segunda semana de febrero. Días más tarde, durante las fiestas de Carnavales, que en Sevilla son de gran animación y lucimiento, haciéndose el paseo de coches por la Alameda, paseo principal en estos tiempos, el caballero don Lorenzo de Miranda iba a caballo, piropeando a unas damas que paseaban en su coche, y otro galán, molesto, le desafió. Sacaron las espadas y el Miranda cayó muerto, precisamente junto a las columnas de Hércules, mismo lugar en el que aquella noche fatídica habían afrentado al obispo.

Esta es la primera misión del grupo. Deben de elegir a uno de los jugadores para que busque bronca provocando al noble (lo que debido a su orgullo es francamente fácil) y luego terminar con la vida de Lorenzo de Miranda. El resto de jugadores deben mantenerse cerca de la escena, vigilando pero sin llamar la atención. Es importante recordar que los duelos están prohibidos por orden Real, así que hay que provocar, matar y huir todo en uno, antes de que lleguen los alguaciles. Si por azar las cosas se torcieran, o don Lorenzo fuera mejor tirador de lo que parecía en un principio, el asesino correría el riesgo de perder la vida, y llegados a este punto, el resto de jugadores/asesinos tendrían un mínimo de tiempo para decidir si entrar a salvar a su amigo o por el contrario dejar las cosas estar, e intentar matar a don Lorenzo en otra ocasión. Debe de ser en un lugar público y muy transitado, ya que también se trata de un “aviso” que llegará a oídos de los otros dos afrentadores del obispo. Puesto que don Lorenzo es un noble, es conveniente que el personaje que le desafíe sea, como mínimo un hidalgo. Puesto que se ha de acabar con este caballero en público, también resultaría adecuado que, una vez hecho el trabajo, su asesino se mantenga escondido, embozado o incluso disfrazado el tiempo suficiente para que los ánimos se relajen y los corchetes dejen de buscarle. Su Ilustrísima utilizará su influencia para que la búsqueda de los alguaciles sea lo más breve e infructuosa posible, y los corchetes se vuelvan mudos, ciegos y sordos por unos días.

Capítulo IV: Aquí yace hasta el Día del Juicio el caballero Don Pedro de Ribera, Marqués de Tarifa y la Torre, Duque de Alcalá y Medinaceli. Sic transit gloria mundi.

Algunos días más tarde, don Pedrito Ribera, que ya hemos dicho era tan enamorado como audaz, comenzó a rondar y enamorar a una panadera, mujer de grandísima belleza, pero casada, que vivía en un horno para pan cocer, situado al final de la Alameda, en la cuesta donde empieza la calle Calatravas. Sin preocuparse del marido ni del escándalo público, acude don Pedrito de Ribera todas las tardes a hablar con la panadera, y a veces se la lleva montada a la grupa de su caballo, a merendar a

¹⁰ Actual calle Sierpes, que debe su nombre a este local por una enorme serpiente que se exponía en un frasco de cristal para maravilla y horror de los viandantes (Nota del Autor).

alguno de los ventorros que había en la orilla del río, por la Barqueta, o hacia San Jerónimo.

En este punto los jugadores han llegado al nudo de la historia. El objetivo es asesinar a Pedro Ribera y la ocasión la pintan calva. Para cumplir con éxito el encargo de Su Ilustrísima, los jugadores deben realizar una labor de espionaje y posterior alcahueteo, que consistirá en vigilar las llegadas de Pedrito al horno de pan y chivar al panadero (cuando sea necesario) la historia de sus cuernos y de su esposa con don Pedrito, y calentarlo lo suficiente como para que quiera matarlo. Sería acertado que el alcahuete/espía sea alguien que haya sido herido en alguna escaramuza anterior, de este modo se le apartaría de la acción bélica y contaríamos con el factor psicológico de que los heridos inspiran lástima, y puede que credibilidad.

Como los jugadores no confiarán en que el panadero realice correctamente el trabajo, y visto que sus vidas y las piezas de oro estarían en juego, deberán matar a Pedrito secretamente ellos mismos y aprovechar que el tumulto desviará la atención para conseguir escapar sin ser vistos, y que el panadero cornudo y otros pobres diablos se lleven la culpa del asesinato. Esto no será fácil.

Cierta tarde, movido por los celos y la ira, el panadero Cristóbal (que así se llamaba) se enfrentó a don Pedrito Ribera, que llegaba para rondar a su esposa, y como este sacase la espada para castigarle, un mozo de doce años que estaba en la panadería como aprendiz, salió corriendo hacia las Lumbreras y entró por la calle Arte de la Seda, gritando:

—¡Que matan al panadero de las Calatravas!

Nadie, excepto don Pedro, había tenido oportunidad de ver que el panadero Cristóbal había salido huyendo hacia el interior del establecimiento, con intenciones de armarse con una navaja que tenía para cortar la masa.

En este momento, el alcahuete/espía tiene que avisar al resto de los jugadores, que en un tiempo record se enfrentarán en grupo a Pedrito, eliminándole o dejándole muy malherido.

Los asesinos enviados por el obispo se cerraron entorno a don Pedro Ribera, el cual se amparó de espaldas contra la cruz de piedra, mientras agitaba la hoja de su espada para defenderse. Así se mantuvo un rato, batiéndose contra todos, y consiguió herir a alguno, pero al fin el número pudo más y en los mismos escalones de la cruz le acuchillaron con fiera saña, hasta darle muerte.

El grupo de jugadores embozados pone pies en polvorosa, y al salir el panadero a su encuentro, armado con la navaja cabriterera encontrará a Pedrito tirado en el suelo, balbuceando en un charco de su propia sangre, al pie de la Cruz del Rodeo. La decepción que se apoderó de Cristóbal, al ver a su corneador ya muerto, se convirtió rápidamente en locura, y en esto se fue directamente dentro, donde estaba su mujer amasando, y la decapitó con la navaja.

Escuchando los gritos del niño, unos tejedores de seda, que eran compadres o parientes del panadero Cristóbal, empuñando los “guisques”¹¹, bajaron por las Lumbreras, y se dirigieron a la

explanada de la Cruz del Rodeo¹². A estas alturas ya se había formado un grupo de curiosos bastante grande entorno al cadáver. Las gentes de buena fe asistían boquiabiertas a la escena de la muerte de don Pedrito Ribera, y a los gritos del panadero Cristóbal que llevaba la cabeza de su esposa. Caía el sol. Un carruaje negro tirado por dos caballos que llegaba por la calle Calatravas se detuvo a la altura del tumulto, y un anciano vestido con hábito eclesiástico descorrió la cortina de la ventanilla. Los sederos, armados con sus “guisques”, llegaron dispuestos a atacar a don Pedrito Ribera, pero al igual que el panadero Cristóbal, poco pudieron hacer, que éste ya se encontraba pagando sus pecados en presencia de Dios, o del Diablo. El sedero que se hacía llamar Galindo, asestó una lanzada al costado del joven Ribera, para comprobar si efectivamente había muerto. Esto espantó a todos los presentes y muchos recordaron la bíblica escena de Longinos y Cristo en el Calvario.

Con la visión de esa imagen, el anciano vestido con hábito obispal sonrió maliciosamente. El carruaje prosiguió su marcha. Nadie lo vio. Nadie lo escuchó. Nadie supo quien era. El anciano sonreía, “otro que muere en pecado mortal”, pensaba, “y sin confesión”.

Sumaria que se siguió por la Real Audiencia:

Cristóbal de Paredes, que era el marido de la panadera; Galindo, su compadre, tejedor del arte de la seda; Navarro, mozo de mulas, su pariente.

A Cristóbal Paredes, panadero de profesión, le condenaron a la horca, no por la muerte de don Pedrito Ribera, sino acusado por matar a su mujer, a la cual, según consta por su propio testimonio, le cortó la cabeza con una navaja cabriterera. La orden de ser colgado hasta morir fue firmada y sellada por el Obispo auxiliar don Luis de Camargo. El ahorcamiento se verificó allí, en la misma plazuela del Rodeo, en vez de en la plaza de San Francisco, y como es costumbre con los parricidas, después de ahorcado lo metieron en una cuba de madera que lleva pintados los cuatro animales que señalaban Las Partidas: un perro, un mono, un cerdo y un basilisco. Y de este modo se lo llevaron a enterrar los hermanos de la Caridad.

El sedero Galindo y el mulero Navarro, aunque se probó que uno de ellos le había metido el guisque por un costado a don Pedrito Ribera, no salieron demasiado mal librados, pues los condenaron a diez años de galeras. Años más tarde, por buena conducta, y a causa de haber participado su barco activamente en la defensa contra los asaltos ingleses de la Coruña, el Rey les conminó a cumplir solamente la mitad.

Capítulo V: En el que se relata el encuentro con la Muerte del caballero Don Juan de Hinestrosa, Conde de Arenales, y su rápida resolución. In actu oculi.

El tercero de los caballeros del grupo, don Juan de Hinestrosa, turbado por el peso de la culpa en su alma, se encontraba arrodillado rezando en la capilla de San Jorge de la

¹¹ Especie de leznas o aguijones con mango que se utilizan para el tejido de los tapices (Nota del Autor).

¹² Esta explanada, que ocupaba el lugar donde empieza la calle Calatravas, se llamaba La Cruz del Rodeo, porque allí había una cruz de piedra, en donde daban el rodeo o vuelta las procesiones del Barrio de San Lorenzo y las de Omnium Sanctorum, por ser el límite de separación de ambas parroquias (Nota del Autor).

iglesia de la Caridad, de la que era asiduo. Como la iglesia aun se haya en obras, Juan escoge siempre este lugar, poco transitado al caer la tarde, cuando se ve falta de sosiego y paz.

Un ruido de voces y pasos llama su atención, y al volverse ve entrar a dos mozos cargando grandes paneles envueltos en telas, seguidos de dos caballeros. En un principio tiene el impulso de esconderse, pero se incorpora y al acercarse reconoce a don Miguel Mañara y al maestro Juan de Valdés Leal. Mañara, con el rostro marcado por la desgracia se le acerca y le informa de que Don Pedro Ribera ha muerto acuchillado en una reyerta. Juan de Hinestrosa se santigua, lívido como un cadáver. Desvía la mirada a un lateral, donde observa como el maestro Valdés Leal se afana con los mozos para desenvolver unos lienzos y la ve. Justo delante de él, mirándole fijamente con sus cuencas vacías, con la sonrisa desdentada, surgiendo de la oscuridad mientras carga bajo el brazo un ataúd, un sudario y una guadaña. Es la misma Muerte que parece hablarle, la Muerte que con un gesto le indica que lea: *In actu oculi...*

Despavorido, escapa corriendo de la iglesia, y justo en la puerta está a punto de ser pisado por dos caballos. Asustado por la visión y por el infortunio de sus dos amigos, acude a presentarse ante el obispo Camargo. La mirada del clérigo es la viva imagen de la indiferencia mezclada con el triunfo. Juan se echó a los pies de Su Ilustrísima, y llorando del más puro arrepentimiento, le pidió su perdón. El obispo auxiliar escuchó sus súplicas y su confesión sin inmutarse, y una vez hubo terminado, le dio su bendición y le entregó un pequeño billete doblado. Al abrir el papelillo pudo leer claramente: *Iustitia Dei*. Y cayó al suelo desvanecido en un desmayo.

Don Juan de Hinestrosa es devuelto a su domicilio en el carruaje privado del obispo, y los jugadores siguen teniendo la misión de acabar con su vida, a pesar de las bendiciones del clérigo. La idea principal es conseguir eliminar a Juan con un golpe de efecto maestro. Se han recibido quejas de Su Ilustrísima a causa del espectáculo de sangre que se dio con la muerte de Pedrito en mitad de la calle, aunque entiende que en realidad no es culpa vuestra. De cualquier modo hay quien susurra en los pasillos que disfrutó viéndolo. En cualquier caso, esta vez no debe haber sangre.

La misión para los asesinos consiste en localizar al caballero de Hinestrosa en el Corral de Comedias de la Montería (actual patio de la Montería, situado en los Reales Alcázares), único lugar al que va desde la muerte de sus amigos, además de a la iglesia. Como no es de buenos caballeros cristianos y honrados ciudadanos asesinar a alguien en la casa de Dios, el teatro y su trayecto son las únicas opciones. Su Ilustrísima recomienda que vigilen bien al sujeto y recurran a un veneno que actúe con extrema rapidez, ya que el joven es conde, y piadoso, y no es menester provocarle excesivos sufrimientos en su camino hacia Dios. Los jugadores deberán conseguir un plano del recinto teatral y estudiar las posibles entradas y salidas, teniendo en cuenta que el teatro se encontrará lleno de espectadores, que Lope estrena obra en la ciudad. Habrá que acercarse lo máximo posible, así que sería conveniente que se disfrazaran de criados, para conseguir que ingiera de alguna forma el veneno.

Sin embargo no se libró de la ira de Dios, porque algún tiempo después, cuando estaba en el teatro viendo una comedia, decidió pedir un trago de vino blanco para refrescarse, con tan mala suerte que le acometió de súbito un mal que llaman de

apoplejía, y ni siquiera dio tiempo de llevarle a su casa, pues algunos criados, que andaban cerca, le sacaron como pudieron del Corral de Comedias de la Montería, y viendo que se ahogaba por momentos le metieron en la casa del marqués de la Fuente, en la esquina de la calle Borceguinería. Y allí murió en pocos instantes el Conde de Arenales, don Juan de Hinestrosa, fechado en Sevilla, a veintiséis de febrero del año de Nuestro Señor de 1631.

Que encuentre la paz en la muerte que no encontró en vida.

Días más tarde, un leguleyo escribe varios pliegos similares a este:

Sepan cuantos esta carta vieren como yo don Luis de Camargo, obispo auxiliar y vecino de esta ciudad de Sevilla en la collación de *Omnium Sanctorum* otorgo y conozco que doy pago a don (nombre del vecino) vecino de esta ciudad en la collación de San Ildefonso de cincuenta doblones de a cuatro que son los mismos que el susodicho tiene declarado le debo de resto de la renta referida a unas labores que el susodicho realizó y que yo le encomendé, sin escritura ni papel alguno, y el dicho encomendamiento se cumplió en fin del mes de febrero de este año de 1631.

Epílogo

Sevilla, en el mes de febrero de 1632.

En cumpliéndose un año de la muerte del caballero don Pedrito Ribera, los miembros de su noble familia, por expiación de sus pecados y sufragio de su alma, hicieron quitar la Cruz del Rodeo, que había sido mancillada con la sangre de su hijo y pariente, y edificaron en su lugar una capilla (que todavía hoy existe), que desde entonces fue llamada Capilla de la virgen del Carmen y Ánimas del Purgatorio. Asimismo, rogaron al obispo Don Luis de Camargo que oficiara una misa en dicha capilla, en recuerdo de su alma.

Memento etiam, Domine, famulorum, famularumque Petrus Rivera et Johannes Hinestrosa, qui nos praecesserunt cum signo fidei, et dormiunt in somno pacis. Ipsi, Domine, et omnibus in Christo quiescentibus, locum refrigerii, lucis et pacis, ut indulgeas, deprecamur. Per eundem Christum Dominum nostrum. Amen.

Y al sorber brevemente el vino del cáliz, el rostro del clérigo compuso un gesto de sorpresa, se llevó las manos al cuello y murió en el acto.

Lista de PNJs

Don Pedro de Ribera

Marqués de Tarifa, Marqués de la Torre, Duque de Alcalá y Duque de Medinaceli.

- **Destreza:** 14
- **Espíritu:** 13
- **Fortaleza:** 15
- **Ingenio:** 13

- **Bríos:** 11
- **Armas:** Ropera 16/12 (+3), Daga de guardamano 13/10 (+1), Capa 14.
- **Armadura:** Sombrero (1), Capa (3), Camisa acolchada (2), Botas (1).
- **Habilidades:** Liderazgo 15, Seducción 14, Etiqueta 13, Fingir 16, Cabalgar 12, Diplomacia 11.
- **Ventajas:** Belleza (*Guapo*), Riqueza (*Acaudalado*), Buena reputación, Nobleza (*Caballero*), Espadachín, Letrado, Iniciativa.
- **Desventajas:** Honor, Pecadillos (*Lujuria*).
- **Maniobras de esgrima:** Esgrima con espada y daga (+3), Respuesta, Trabar con capa, Tajo de Barrido.

Enamoradizo, jugador, bebedor, burlador audaz, galán de misa de domingo y poeta mediocre (muchos no dudan en intitularle “Príncipe de los ripios”). Nace en Sevilla en 1612, único hijo varón en el seno de la noble familia de los Ribera, de lejanos orígenes leoneses. Los Ribera se asientan en Sevilla varios siglos atrás, siendo un ilustre sevillano antepasado de la familia Fernando Afán de Ribera, que ya poseía el título de duque de Alcalá y que destacó militarmente capitaneando a sus hombres contra los moros durante la Reconquista. Pedrito, que así gusta de ser llamado, disfruta moviéndose por los bajos fondos, donde siente que todos le prestan atención y le obedecen. Es muy ligero a la hora de desenvainar la espada, pero no muy ducho en la Destreza. Se dice que en una reyerta de taberna mató a un hombre por mofarse del diminutivo de su nombre.

Don Juan de Hinestrosa

Conde de Arenales.

- **Destreza:** 10
- **Espíritu:** 11
- **Fortaleza:** 9
- **Ingenio:** 15
- **Bríos:** 10
- **Armas:** Daga 14/9 (+1).
- **Armadura:** Sombrero (1), Camisa acolchada (1).
- **Habilidades:** Detectar mentiras 15, Fingir 13, Sigilo 11.
- **Ventajas:** Riqueza (*Acaudalado*), Buena reputación, Nobleza (*Caballero*), Letrado,
- **Desventajas:** Lealtad (*a Don Pedro de Ribera*), Fealdad (*insulso*).

Timido, introvertido, rencoroso, cobarde las más de las veces, obediente para con sus progenitores y férreo cumplidor de las oraciones y penitencias de la fe católica. Nace en Sevilla en 1609, siendo el mayor de los tres hermanos que conforman la prole de los señores de Hinestrosa. Siempre ha sido más inclinado a los libros que a las espadas, más a la iglesia que a la

taberna. Algunos han dicho de él que de haber escogido el camino de la fe, habría sido un gran Inquisidor General. Aquellos que le conocen saben que habla y ríe poco, excepto cuando bebe, cosa que hace en contadas ocasiones. Conoce a Pedrito Ribera desde la infancia, por relaciones cercanas entre sus dos familias, y siempre se les ve juntos en sus correrías nocturnas.

Don Lorenzo de Miranda

Caballero e hidalgo

- **Destreza:** 13
- **Espíritu:** 13
- **Fortaleza:** 10
- **Ingenio:** 12
- **Bríos:** 12
- **Armas:** Ropera 15/10 (+4), Daga de guardamano 13/10 (+1).
- **Armadura:** Sombrero (1), Capa (3), Camisa acolchada (1), Colet de cuero (2), Botas (1).
- **Habilidades:** Seducción 14, Fingir 16, Cabalgar 13, Maña 12, Sigilo 13, Táctica 14.
- **Ventajas:** Agilidad, Resistencia física (*Resistencia al dolor*), Espadachín, Iniciativa.
- **Desventajas:** Sanguinario, Pecadillos (*Lujuria*).
- **Maniobras de esgrima:** Esgrima con espada y daga (+3), Respuesta, Trabar, Tajo de Barrido.

Arrojado, altivo, orgulloso, mujeriego y habitual de pendencias y lios de faldas. Nace en Toledo en 1602, en una antigua y noble familia venida a menos. Por consejo de su padre ingresó en el Tercio de los Morados Viejos para intentar recuperar algo de la gloria y honor perdidos en la familia, pero nunca tuvo suerte en el ejército. Ha viajado por toda España, Francia e Italia, dejando un rastro de mujeres, de toda edad y condición, que lloran su partida. En una ocasión dijo “*las mujeres, de la dama a la tusona, todas iguales si el candil se sopla*”. A pesar de su natural desaliñado y tormentoso, se jacta de ser gran espada, y de haber sido alumno de don Luis Pacheco de Narváez, allá en la corte de Philipo el Grande. Don Pedro de Ribera, amigo suyo y triste pluma, dedicó a su persona uno de sus ripios, que decía tal que así:

*Don Lorenzo de Miranda,
Caballero pendenciero.
A cualquier temor espanta
Con la furia de su acero.*

*Don Lorenzo de Miranda,
Oriundo de Toledo,
Donde valen más dos tetas
Que diez versos de Quevedo.*